

En memoria de Pedro Palop

Brac, 117 (419-420) 1989

Por Diego JORDANO BAREA

(ACADEMICO NUMERARIO)

Casi todos los que conocieron a Pedro Palop se convirtieron en buenos amigos suyos, por obra y gracia de su rica personalidad, viva inteligencia y comunicativa simpatía. Yo fui uno de ellos y, por eso, en su honor, quiero recordar la colaboración que prestó a la Facultad de Veterinaria de Córdoba, siendo yo vicedecano, cuando le encargamos el mote de nuestro flamante escudo. Deseábamos que el mote latino de nuestra Facultad plasmara la dedicación de la veterinaria al cuidado y mejora de los animales y plantas útiles, en beneficio de la humanidad. En poco tiempo Palop nos ofreció el producto de su talento latino, materializado en tres palabras: **Hominibus vitalia perfecit.**

El dativo de utilidad 'hominibus' dejaba bien a las claras que la actividad del veterinario es en beneficio de hombre. 'perfecit' -me dijo- significa tanto la mejora del individuo sano como la cura del enfermo; y 'vitalia' incluye animales y plantas: justamente las útiles a la humanidad.

También debo a Pedro Palop el mote de mi ex libris, que reza así: **Biologia libenter ludo.** Lo compuso para complacer mi deseo de expresar que mi dedicación exclusiva a la biología no era para mí un trabajo, sino un placer y un juego. Juego, en el sentido de disfrutar y en la acepción de saber que por mucho que profundizara en el conocimiento de la ciencia de la vida, lo que llegara a saber sería como cosa de niños comparado con la inmensa complejidad del mundo biológico.

Hace unos meses pedí a su esposa cuantos datos tuviera sobre su marido. Ella me entregó un gran sobre repleto de información sobre su biografía y curriculum. Como Pedro Palop era tan popular, una parte importante de este material había sido publicado ya, a raíz de su fallecimiento; y el resto sería tratado por los académicos pertenecientes a su sección con mucha mayor competencia que la mía. Por estos motivos decidí recordar en este acto solemne cómo veo a nuestro llorado académico, a través de algunos relatos de personas de mi familia que fueron alumnos suyos. Gracias a estas referencias indirectas puedo poner de relieve tres aspectos muy notables de su rica personalidad. Los tres constituyen un humanísimo contrapunto de su talento, cultura y bondad, y son: su abdominia, su fino erotismo y su gusto por la honorificación.

Con su peculiar técnica de enseñar sin lágrimas, entremezclaba en sus clases variados y amenos temas, de entre los cuales los que mejor recuerdan sus antiguos discípulos son los referentes al bello sexo y al arte de comer 'refracta dosis', rápida y tranquilamente pero sin parsimonia. Contaba, por ejemplo, que él no comprendía como pudieran existir personas que se arredraran ante el tamaño de un buen plato superabundante, porque por mucha comida que contuviera, sólo exigiría treinta o cuarenta bocados, por ejemplo. Pues bien: ingiere uno el primer bocado; luego, otro; después el siguiente y, así siguiendo, pronto habrá terminado sin mayor problema.

Cuando en la vida real algún amigo quería moderar su apetito, repitiéndole el refrán de que de grandes cenas están las sepulturas llenas, él contestaba invariablemente: y de no comer na', muchísimas más.

Gustaba de contar a sus alumnas y alumnos los trofeos y premios que había ganado. El estudiante más aventajado de su clase solía recibir como estímulo el nombramiento de secretario y, entre otros deberes, voluntariamente asumidos, tenía el de ir poniendo por escrito todo lo que fuera digno de mención. Como los méritos de nuestro académico eran muchos y bien ganados, en honrosas lides culturales, a veces pedía a su secretario que comprobara si alguno de los que iba enumerando estaba ya en la lista o no, para subsanar el olvido o para no repetirlo.

Y cuando las chicas iban a examinarse con un temido profesor, pedían ayuda a D. Pedro; y él aparecía en el aula, en el momento oportuno; rodeaba con su brazo el cuello de su colega y le hacía girar poco a poco hasta dejarlo mirando a la pizarra, no sin dirigir a las chicas un guiño de complicidad, que significaba que tenían luz verde para copiar sin sobresaltos, mientras él le mantenía neutralizado con su excepcional facundia, bajo un prolongadísimo abrazo.

Tan altas eran sus dotes intelectuales y personales que no hubieran quedado suficientemente realzadas por mí sin este contrapunto, amable y simpático, de su extraordinaria personalidad.

En mis últimos encuentros con él se despedía y se alejaba de mí con su andar majestuoso, cada vez más fuertemente escorado, como un viejo galeón español que se va perdiendo en el horizonte, rumbo a un anunciado, triste e inevitable naufragio. Descanse en paz.